

## **FACTORES DE SUPERVIVENCIA DE EDICIONES Y DOCUMENTOS BIBLIOGRAFICOS**

JUAN OLAECHEA LABAYEN

Parodiando a Nietzsche podríamos decir que el azar ha muerto, pero no por dardos de la filosofía, sino de la estadística matemática. La aplicación de métodos estadísticos a los datos experimentales sobre las circunstancias y características de las ediciones y documentos bibliográficos, que han desafiado a los siglos con mayor o menor firmeza, puede conformar una aproximación a los principios que expliquen, por una parte, la supervivencia de las ediciones en el pasado y extraer, por otra, las enseñanzas válidas para los autores y editores que pretendan lanzar ediciones bibliográficas duraderas.

El planteamiento de la cuestión de la supervivencia de los documentos bibliográficos debe ir precedido de una serie de considerandos, entre los que se me ocurre destacar los siguientes:

El libro, a diferencia de los seres orgánicos vivos, no tiene un límite de edad o, por lo menos, sus expectativas de vida no han sido apuradas todavía en forma concreta y general. Aún algunas ediciones más débiles del siglo XVII tienen capacidad de subsistencia sobrada, aunque con ciertos achaques debido al mal papel y a tintas corrosivas.

Sin embargo, una cantidad importante de publicaciones antiguas ha desaparecido, sin dejar, además, rastro alguno de su existencia en bibliografías y referencias. Se cree, basados en conjeturas más que en datos reales, que las dos terceras partes de las ediciones de los siglos pasados no han dejado ningún testigo de muestra. Las cifras se hacen más desproporcionadas si, en lugar de las ediciones, consideramos la supervivencia relativa de los ejemplares, pues de la mayoría de las ediciones no se conservan más que escasas unidades.

La desaparición tanto de las ediciones como de los ejemplares no tiene relación proporcional con la antigüedad. Muchas de las tiradas de los siglos XV y XVI se han conservado mejor y con mayor número de ejemplares que otras ediciones más recientes, incluso de hace un siglo.

La aportación tecnológica de la comunicación moderna ha clarificado y distinguido en sentido cartesiano la idea del libro. Los bibliófilos antiguos podrían acaso justificar su amor por el libro no sólo por su dignidad objetiva, sino también por ser un medio esencial para la conservación y transmisión de ideas. Mascaulay expresó que para Inglaterra tenían más valor las tragedias de Shakespeare que los dominios de las Indias. En glosa de la expresión, el entonces presidente dominicano Joaquín Balaguer afirmó que un libro puede valer tanto como una ciudad y representar para una nación un tesoro más grande que un imperio.

Una razón por la que la humanidad ha procurado preservar las obras impresas se cifra en que ellas han sido el soporte obligado de la creación intelectual de los grandes genios de la humanidad. Sin libros difícilmente se hubiera conservado el texto de *La Eneida*, *La Divina Comedia* o *El Libro del Buen Amor* y, sobre todo, su difusión hubiera sido muchísimo más restringida.

En cuanto a la valoración objetiva, se suele recordar la conducta de Alfonso V de Aragón, el cual fue a la guerra por un libro y cedió la paz a Cosme de Médicis a trueque de un códice de Tito Livio.

En algunas ocasiones, el volumen impreso o manuscrito constituye por sí mismo un objeto de alto valor artístico en el que han volcado su genio los creadores más eximios de la belleza; él mismo constituye el producto más noble de las llamadas artes gráficas y en él se sintetizan muchas de las demás bellas artes. A veces podrá ser la tipografía, otras veces las ilustraciones y en ocasiones la encuadernación, las que ennoblecen artísticamente al libro; pero con mucha frecuencia, todos esos elementos, y aun otros en armónica conjunción, contribuyen a hacer de éste un objeto artísticamente precioso y, por lo tanto, digno de nuestra estima.

Como en otros sectores, en el del libro se advierten unas constantes que muestran que determinadas ediciones están mejor dotadas que otras para arrostrar los peligros que implica toda existencia contingente.

Estas constantes, conjugadas con la valoración artística y objetiva del libro, han producido desde la más remota antigüedad un fenómeno peculiar que no se ha realizado en otras áreas diferentes, a excepción quizás de la pintura, cual es el hecho de formar colecciones privadas o públicas. Este fenómeno universal en el tiempo y en el espacio, y ciertamente peculiar, ha recibido el nombre bibliofilia. Cuando se trata de rendir culto al libro, principalmente como objeto útil y bello, y más comúnmente se ha buscado conservar y atesorar los conocimientos y creaciones intelectuales de la humanidad a base de reunir documentos, se ha formado esa institución cultural que llamamos bibliotecas.

Las referidas constantes, que en el orden de la naturaleza podrían interpretarse como el principio de la selectividad, se refieren en cuanto al

ámbito librario, a las circunstancias en que se realiza la edición, a las ediciones materiales de la misma y al destino y uso futuro del libro.

#### CIRCUNSTANCIAS DE LA EDICIÓN

Las circunstancias que envuelven la edición o impresión de una determinada obra se pueden interpretar en sentidos muy diversos. Ellas se pueden referir al prestigio y especialización del editor e, igualmente, a su emplazamiento geográfico y a su eficacia y organización en la distribución de los ejemplares impresos. En un sentido más objetivo cabe hablar también de la lengua empleada en la impresión de la obra.

En cuanto a este último punto, la experiencia enseña que las ediciones antiguas en la lengua latina se han conservado mejor que las obras impresas en lenguas vernáculas. Este hecho induce a hacer algunas consideraciones sobre el trato de los libros. De ello se puede conjeturar quizás que las personas de mayor formación intelectual otorgan a las obras impresas un trato mejor; probablemente también que el estudio reposado, que generalmente se hace con las obras latinas, sienta mejor al libro que la lectura más precipitada.

Por otra parte la difusión geográfica de los ejemplares de una edición ha facilitado la conservación de los mismos. Esta razón ha podido contribuir en cierta medida a que se hayan conservado mejor los libros editados en latín, pues generalmente se solían distribuir en un ámbito geográfico mucho más amplio. Esta distribución era realizada con mucha mayor efectividad por los impresores más conocidos y prestigiosos cuyas redes de comercialización eran más perfectas.

Cuando se repasan los catálogos de los librereros anticuarios o de los fondos antiguos de las bibliotecas, nos encontramos con la agradable sorpresa de que quizás una mayoría de las obras referidas han sido dadas a la luz por impresores y editores cuyos nombres resultan familiares a los que están un poco iniciados en la historia de la imprenta. Este dato no presupone que dichos impresores y editores hayan sido los que han publicado un porcentaje de libros superior a los publicados por otros impresores desconocidos o menos familiares, sino que sus obras se han conservado mejor que las de otros por una serie de razones que, después de reflexionar algo, resultan bastante lógicas.

En los primeros años de mi actividad bibliotecaria sentí un cierto interés por una imprenta, más que centenaria, situada actualmente en San Sebastián y que antiguamente estuvo en un pueblo próximo a Oyarzua. De dicha imprenta han salido a lo largo de su existencia muchos cientos de ediciones de obras y opúsculos de diversas clases, pero frecuentemente de un interés popular más o menos folklórico, de las cuales no es posible hacer actualmente un catálogo medianamente completo.

Se trataba de una imprenta poco conocida fuera del ámbito local y emplazada al margen de los lugares tradicionales del comercio de libros, lo cual ha repercutido en que las obras allí impresas estuviesen

generalmente desprovistas de interés universal y en que la difusión de las mismas, en unas épocas en las que las comunicaciones no estaban tan desarrolladas, fuese más deficiente.

No conviene confundir el factor de la eficacia del editor en la distribución de sus impresos con el de la tirada alcanzada por las ediciones. En la mencionada imprenta se compuso durante muchísimos años un calendario o almanaque anual, literatura de caducidad manifiesta una vez transcurrido el período de vigencia, que debía alcanzar una tirada importante por estar muy introducido en la región. Por eso se debe distinguir en cuanto a la repercusión en la conservación de las ediciones entre la tirada alcanzada por una obra, de cuyo efecto hablaré más abajo, y la difusión geográfica.

En cuanto a este último punto, ciertos estudios bibliográficos han inducido a realizar las tres siguientes observaciones:

La experiencia enseña que las obras publicadas por una editorial sólida y prestigiosa se han conservado mejor y son menos raras que las publicadas por un editor oscuro y poco solvente. Quizás sea que las primeras alcancen un mayor empaque como libro, quizás que una firma editorial conocida prestigie y garantice la calidad del contenido.

Cuando un autor ha impreso la mayor parte de su producción en una determinada editorial, pero más o menos excepcionalmente ha publicado alguna obra suya con otro editor, esta última, una vez transcurrido un período de unos cuantos decenios, digamos cuatro o cinco, será más difícil de hallar que cualquiera de las demás obras.

Una obra de determinado género, publicada por una editorial que no se dedica a dicha especialidad, aunque en otros campos sea acreditada y poderosa, llegará a ser más pronto una rareza que si estuviese producida por un editor que se dedica plenamente al tema en cuestión.

## PRESENTACIÓN MATERIAL Y BELLEZA

En el transfondo de todas las afirmaciones precedentes late la idea de la importancia que tiene para la conservación del libro una presentación material adecuada y bella.

Para la supervivencia de una edición no es lo mismo que se haya impreso el libro para el uso vulgar —sin que este término encierre ningún sentido peyorativo, sino en todo caso utilitario— o se haya hecho la tirada pensando en los amantes del libro y en las bibliotecas nobiliarias.

No se puede lograr una presentación óptima del libro, o al menos una presentación digna, con el descuido de los materiales de confección. El mal papel, hecho con residuos detestables y cargado de productos químicos, da pie a realizar un diagnóstico indefectible de un futuro certificado de defunción. De hecho, no pocas ediciones del siglo XVII han desaparecido totalmente por esta causa y muchas del presente siglo corren el riesgo de desaparecer más rápidamente todavía.

Las tintas cargadas de polvo mineral son otro obstáculo para la belleza y conservación de los impresos. En lugar de dejar una estampación suave y nítida, dejan un relieve impreciso que mina y corroe el papel acabando por perforarlo.

A la utilización del buen papel y de la buena tinta, que por un lado garantizan materialmente la conservación del libro y por otro ofrecen la posibilidad de realizar una obra atrayente, se debe añadir la tipografía adecuada con que realizar un diseño arquitectónico con sus virtudes propias que conspiran a la realización de la belleza. La obra gráfica estéticamente bella merecerá de su propietario o lector un trato cuidadoso y hasta amoroso porque la belleza engendra amor.

Si a estas virtudes tipográficas se añaden unas estampas o grabados de calidad, el más profano podrá percatarse de que se halla en la presencia de una obra merecedora de exquisito cuidado. Sin embargo, los grabados constituyen un arma de doble filo para la conservación e integridad física del libro. El afán legítimo y encomiable de muchas personas por coleccionar estampas y grabados con los elevados precios que éstos alcanzan ha llevado a comerciantes y particulares poco escrupulosos, y además equivocados, a desgajar las láminas de los libros para venderlas sueltas. Con ello se logra estropear los libros y desvirtuar el significado de los grabados por haberlos arrancado de su contexto donde cumplían su función original.

Un elemento que propende de modo destacado a la conservación del libro viene a ser la encuadernación. Una encuadernación sólida, que supone el cosido, y no el encolado, impide que el libro se desgaje. La buena encuadernación, como la vestimenta, preserva la salud del libro. Si dicha encuadernación, además, se ha realizado en buena piel, mejor todavía si se trata de tafilete o de otro material fino, y está trabajado con calidad y arte, no puede menos de merecer el aprecio y la estima de todos. De estas consideraciones se deduce que una buena encuadernación, y si es artística mucho más, no resulta simplemente un lujo, sino que viene a constituir una especie de seguro para el libro.

Ya fuera del elemento artístico y del material de impresión y encuadernación, existe otro factor que influye en la conservación del libro; se trata del volumen en cuanto al formato y grosor. Las obras de formato grande se han conservado mucho mejor que las de formato menor. Así se explica, por ejemplo, que los incunables venecianos sean todavía bastante comunes mientras que los pequeños tratados de Savonarola han sobrevivido raramente. Los formatos gigantes y gruesos, sin embargo, son mucho más vulnerables en cuanto a su conservación en buen estado, especialmente de la encuadernación, pues la resistencia de ésta no aumenta con el tamaño, pero se ve sometida a una presión mayor proporcional al peso.

En cuanto al número de páginas o folios, el libro tiene igualmente sus exigencias. Un número desproporcionado de páginas debilita la solidez del libro, pero para la subsistencia del mismo resulta todavía más peligroso que tenga pocas páginas. A fines del siglo XVI se editaron *Las*

*Partidas* de Alfonso X el Sabio en fascículos o cuadernillos de tamaño folio, cuya colección hoy en día es prácticamente imposible de completar. ¿Qué se han hecho, por mencionar las obras menores, de los programas de defensa de tesis doctorales o de tantas ediciones de la literatura cordel?

#### LA TIRADA Y LA CONSERVACIÓN DE LAS EDICIONES

Cayo Valerio Cátulo fue uno de los poetas latinos más editados en el siglo XVI. Entre las numerosas ediciones de sus obras existe una aldina del año 1502 y otra de Giunta del año siguiente. Las dos ediciones de tan prestigiosos impresores son muy comparables entre sí por su calidad y características semejantes, pues ambas tienen el mismo formato, el octavo, y la técnica y el material empleados por los dos editores congenia con el prestigio similar de los artifices.

Sin embargo, Brunet anotó hace ya un siglo que la edición de Giunta era más rara y Carter observa que en los catálogos internacionales de estos veinticinco años ha visto un par de ofertas anuales de la edición de Aldo Minucio mientras que en el mismo tiempo ha visto ofrecer ni un solo ejemplar de la Giunta.

Dada la similitud de ambas impresiones, este contraste puede mostrarse aparentemente inexplicable. No se puede buscar tampoco una explicación de semejante disparidad en las diferencias de prestigio y organización comercial de ambos impresores, pues mientras Aldo Minucio gozaba quizás de mejor nombre internacional y de una extensa red de distribución, superiores a cualquier otro impresor italiano contemporáneo, Giunta era igualmente una firma sólida, también con buen mercado, especialmente en las obras clásicas, para cuya impresión disfruta del privilegio pontificio.

¿Por qué existe, entonces, tan notable diferencia entre una edición y otra en cuanto a la rareza?

La única explicación aceptable de este hecho se debe cifrar en el número distinto de ejemplares impresos por uno y otro, pues se sabe que las ediciones aldinas tenían una tirada muy superior a las de cualquier otro impresor contemporáneo de su país y concretamente también a las de Giunta. Decimos explicación aceptable porque el influjo de la difusión geográfica en la distribución no puede ser tan decisivo como para explicar semejante disparidad.

El número de tirada de las ediciones tiene evidentemente una repercusión decisiva, *caeteris paribus*, en la conservación posterior de los ejemplares. Como por fortuna han sido los grandes impresores los que han sacado de las prensas mayor número de ejemplares en cada edición, de nuevo nos encontramos aquí con otra nueva explicación por la que en los catálogos de venta de libros antiguos tropieza uno con la firma de impresores conocidos en una proporción relativamente mayor que la de otros impresores más modestos de la misma época.

Probablemente por la enorme dificultad de la tarea, se deja sentir la falta de una investigación sistemática sobre el número de ejemplares de tirada que alcanzaban las antiguas ediciones. Como lo es actualmente, también entonces el número de tirada tenía que ser lógicamente variable en función del interés de la obra y de la capacidad distribuidora del editor. Sin embargo, fundados en algunos datos que se conocen, cabe asegurar que las tiradas alcanzaban unas cotas relativamente altas y en ocasiones sorprendentemente altas.

Hay que hacer observar que en los primeros tiempos de la imprenta no existían barreras aduaneras, por lo menos desde el punto de vista económico y comercial —otra cosa era la censura— para el tráfico internacional de libros. En este sentido, sobre todo cuando se trataba de obras impresas en lengua latina, ya estaba inventado el mercado común europeo y existía un activo comercio de libros internacional.

No era cuestión solamente de que las ediciones nacionales traspasaran las fronteras, sino también de que en los grandes centros de edición se imprimían las obras de autores extranjeros, las cuales llegaban luego a los países originarios del autor. En este sentido las obras de Alfonso de Castro, uno de los creadores y pilares del derecho penal, traspasaban constantemente las fronteras en un sentido y otro con las ediciones impresas en España, en Lyon o en Amberes, entre otros lugares. A este respecto se sabe que algunas obras de Erasmo, editadas en Basilea por Johannes Froben llegaron a alcanzar una tirada de 30.000 ejemplares, cifra que hoy en día no consideraría desdeñosa el más encopetado de los editores de cualquier país, pues una tirada de 5.000 ejemplares ya resulta, por lo menos en España, suficientemente rentable.

Las obras editadas en lengua vernácula obtenían, fuera de raras excepciones, unas tiradas menores. Esa es una de las razones, añadida a otras de las que he hecho mención más arriba, por la que ellas se han conservado en menor número que las latinas. Posiblemente las *Gramáticas* de Nebrija sean una de esas excepciones aludidas. Su famoso texto *Introductiones latinae* fue impreso por primera vez en Salamanca en 1481 y tuvo una tirada de sólo 1.000 ejemplares, que se agotó en menos de dos años. Actualmente se conserva un ejemplar, tal vez único, de esta edición en la Biblioteca Nacional de Madrid. Ejemplares únicos conocidos de esta gramática latina se conservan de las ediciones siguientes de 1482, 1486 y 1493, mientras que de la de 1495 se conocen tres. Sin embargo, de su *Gramática* en lengua española, la primera hecha nunca en una lengua vernácula, editada en Salamanca en 1492, se conservan varios ejemplares, lo cual, unido a que se editó menos veces, induce a pensar que tuvo una mayor tirada.

En lo que respecta al número de ejemplares que se tiraban en las ediciones de las diversas materias, y puestos a generalizar con los peligros obvios que ello encierra, cabe decir que las obras de derecho y legislación, en competencia con los libros religiosos y de teología, obtenían las máximas tiradas. *La Recopilación de las Leyes de los Reynos de las Indias* en su primera edición, hecha en Madrid en 1681 por Julián de Pare-

des, tuvo una tirada de 3.500 ejemplares, cuya distribución estudia Schaefer en su obra sobre el Consejo de Indias. Cuando se trataba de obras de gran costo o de alta calidad científica, las tiradas parece que bajaban bastante. Así, de la Biblia Políglota Complutense, obra por todos los conceptos insigne en tipografía, se tiraron seiscientos ejemplares de cada uno de los seis volúmenes en folio, más seis ejemplares en vitela.

Después de las obras religiosas y jurídicas, las máximas tiradas correspondían al género histórico y biográfico y también a los ensayos. Dentro del primer género se deben clasificar naturalmente las relaciones y crónicas históricas que la gente leía con verdadera avidez, lo mismo que la literatura sobre viajes a países exóticos y desconocidos, por el afán de enterarse de las hazañas de las exploraciones y conquistas y adquirir conocimiento de las nuevas tierras.

Los libros de poesía superan en los primeros siglos de la imprenta al género novelesco en el número de ejemplares impresos en cada edición. Pero ya en el siglo XVIII la tirada de las novelas se hizo superior a la del género poético. En este siglo, concretamente en 1572, se sabe que la edición hecha en Inglaterra de *Amelia* de Fielding alcanzó una tirada de 5.000 ejemplares.

En último lugar con las tiradas más cortas venían las ediciones de las obras de teatro.

#### VISIÓN DEL PASADO Y PREVISIÓN DEL FUTURO

De las reflexiones antecedentes cabe deducir ciertas conclusiones sobre la supervivencia de los ejemplares de los distintos géneros literarios. El número de ejemplares de una edición tiene una importancia fundamental para que dicha edición no desaparezca y se conserven ejemplares de la misma. Cuanto más grande haya sido la tirada impresa de una obra, las posibilidades de que se conserven sus copias aumenta proporcionalmente.

Pero cuando se trata de términos comparativos hay que atender las circunstancias de la edición y la solidez y presentación estética del libro. En el caso de que estas condiciones sean, si no iguales, al menos muy semejantes, perdurarán mejor, como de hecho ocurre, las obras de religión y de derecho, por la razón aducida de haber salido generalmente de las prensas ediciones más numerosas. Vendrán a continuación las obras históricas y en último lugar las literarias, colocando en la cola las piezas de teatro. Un análisis detenido de los catálogos comerciales de libros antiguos podrá confirmar estas presunciones.

Las previsiones para el futuro, sin embargo, no parecen seguir las mismas pautas. La clasificación de los distintos géneros, en relación a la tirada de ejemplares que alcanzan, ha sufrido notables variaciones. Algo de lo mismo cabe decir respecto a la presentación y solidez de las obras editadas. Las publicaciones religiosas hechas por iniciativa priva-



da, no oficial, han sufrido una mengua notable tanto en la calidad de presentación como en el número, por lo menos *relativo*, de ejemplares. Seguramente constituyen una excepción en este sentido los folletos de uso popular que alcanzan tiradas amplias, pero no son los folletos las publicaciones llamadas a subsistir largamente, sino al contrario.

Actualmente los *bestseller* salen del género literario, interpretado en un amplio sentido, y de las publicaciones de temas de actualidad política, científica o social. La poesía, en cambio, ha perdido adictos en términos relativos y quizás se ha confinado a los últimos lugares emparejándose con el teatro.

Sin embargo, resultaría peligroso vaticinar que las obras que en nuestra época alcanzan tiradas impresionantes están dotadas de las condiciones necesarias para conseguir una prolongada subsistencia.

Muchas veces las grandes ventas son producto de una inteligente propaganda más que de la auténtica calidad literaria de la obra. Otras veces entra en liza la rabiosa actualidad de los temas tratados que llegan a apasionar a las multitudes, pero pronto caen en el olvido, enterrados por la frenética aceleración de la historia. Por lo demás, los gustos literarios son actualmente mucho más fugaces que nunca, pues los autores pasan de moda en un corto período de cinco o diez años y pocos logran hacer perdurar más el interés del público por sus escritos.

Por otro lado, una interpretación excesivamente comercial del libro hace que con frecuencia éste carezca de calidad tipográfica. Aunque frecuentemente se cuida la calidad del papel y de la arquitectura tipográfica, la inmensa mayoría de las ediciones se confeccionan en rústica y en cosido mecánico, condiciones ambas que otorgan al libro una indudable fragilidad.

## BIBLIOGRAFIA

- CARTER, JOHN. *Taste and technique in book-collecting. A study of recent development in Great Britain and Unites States*. Cambridge, University Press, 1949.
- FINÓ, J. FREDERIC - LUIS A. HOURCADE. *Tratado de bibliología. Historia técnica de producción de los documentos*. Santa Fe. Argentina. Castelví, 1954.
- GALLARDO Y BLANCO, BARTOLOMÉ JOSÉ. *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos...* Madrid, Rivadeneyra, 1863-89. 4 vols.
- GROLIER, ERIC DE. *Le guide du bibliophile et du librire...* avec la colabration de Georgette Grolier. Paris, Librairie Gilbert Jeune, 1953.
- LONGCHAMP, F.C. *Manuel du bibliophile française (1470-1920)*. Paris, 1924. 2 vols.
- ROUYEYRE, EDOUARD. *Conaissance necessaires á un bibliophile*. 3.<sup>e</sup> éd., Paris, 1879.
- Myths of information, the: Thechnology and postindustrial culture*. London, Routledge and Kegan Paul, 1980.
- WEISE, O. *Schrift und buchwesen in alter und neur Zeit*. 3 aufl., Leipzig, 1910. (Trad. española: *La escritura y el libro*). Barcelona, Labor, 1925. Reimp. 1951.